

CIMARRONES AYER, NEGROS HOY

De la presencia negra en América Latina y el Caribe se conocen fenómenos como la música reggae y los Rastafari, o la samba del carnaval de Brasil, pero casi nada se sabe de la resistencia del negro a lo largo de los 500 años de opresión, como si hubiera sido dejado en la sombra por las luchas de los indígenas. Debemos admitir que el fenómeno del cimarronaje en la historia latinoamericana no se ha profundizado en todas sus dimensiones. Muchos ni siquiera conocen el sentido de la palabra, que para las Comunidades Negras se ha vuelto un símbolo y una fuente de inspiración para los militantes del Movimiento Negro.

La historia de América se basa todavía en gran parte en los documentos escritos por los cronistas de la conquista, o por los autores coloniales que consideraban a los cimarrones como forajidos e indignos de recordarse, a no ser en los expedientes, diríamos hoy, de tipo policial. Como cuando alguien pierde una cosa de valor y la denuncia a fin de que se la busque. Cuando más, se nombra a los cimarrones cuando se dan escaramuzas y hasta verdaderas batallas con las tropas coloniales. Como se demostrará, los cimarrones fueron miles y miles, numerosas fueron también las batallas, con éxito desigual, a lo largo de todo el continente y del mar Caribe. Inclusive, la duración fue considerable; en el siglo XVIII las guerras de los cimarrones de Jamaica y de Surinam se prolongaron por decenios y se concluyeron parcialmente con la firma de armisticios por parte de ingleses y holandeses, respectivamente, con los cimarrones.

Algunos historiadores modernos no tienen reparo en afirmar que la resistencia cimarrona, junto a la indígena, fue la principal causa de «intranquilidad» a lo largo del imperio colonial. No sólo; añaden que, en algunos casos, por ejemplo en Venezuela, fueron promotores de las rebeliones que prepararon el camino a la insurrección de Simón Bolívar. Sin olvidar que el mismo Bolívar, después del fracaso en su primer intento revolucionario, se refugió en Haití; ahí recibió hospitalidad, dinero y armas de parte del General Petión, a cambio del compromiso de dar la libertad a los esclavos en todos los países «donde llegaran sus tropas».

El cimarronaje ha sido una reacción al poder opresor, a la imposición de nuevas costumbres, a una cultura extraña, a ser comprado y utilizado como «pieza de Indias» en las tareas domésticas, agrícolas y mineras.

Parece que, en su forma original, la palabra «cimarrón» (marrón, quilombola, marrón, Bosch-Neger) indicaba animales domésticos que huían al monte y se volvían salvajes. De allí su aplicación al esclavo fugitivo cuando se reunía con otros compañeros, formaba bandas y hasta aldeas en los lugares más apartados y abruptos. A veces los rodeaban con una empalizada para defensa; se extendía así a todo pueblo cimarrón otras palabras muy corrientes en los documentos coloniales: «palenque», «quilombo», «mocambos», «cumbe», etc.

Esta breve panorámica sobre la resistencia cimarrona quiere dar una idea de este fenómeno histórico en el que se profundiza en la actualidad. No quiere ser exhaustiva, sino presentar algunos ejemplos de la actividad de los cimarrones en América del Norte, Centro, Sur y el Caribe. Numerosas fueron las rebeliones de los africanos esclavizados y sus descendientes en todos estos lugares. Se tomará como ejemplo algunas figuras entre los más conocidos cimarrones, así como revueltas de épocas, lugar geográfico y situación histórica diferentes.

La resistencia del negro africano a la esclavitud empieza en la misma Africa. En los relatos de los negreros se ve cómo éstos no tienen tranquilidad hasta que no dejan en lejanía las playas africanas.

Los mismos africanos que apresaban a los enemigos de tribus diferentes para venderlos a los negreros árabes o europeos experimentaban la violenta resistencia de los esclavizados. El deseo de lucha de éstos aumentaba a medida que tomaban conciencia de que las posibilidades de volver entre los suyos desaparecían y de que no se trataba de la clase de esclavitud que existía ordinariamente en su tierra.

Es de sumo interés el libro titulado *La verdadera historia, escrita por él mismo, de Olaudah Equiano, africano, esclavo en el Caribe, hombre libre* publicada en Londres en 1789. Seleccionaremos algunos pasos al respecto.

«Mi padre, además de un cierto número de esclavos, tuvo numerosa descendencia, de la cual sobrevivieron siete hijos, entre los cuales yo mismo y una hermana, que era la única mujer... Yo he crecido feliz hasta los once años, edad en que perdí la felicidad... Un día en que todo el mundo estaba ocupado en sus tareas y yo me había quedado solo con mi querida hermanita para guardar la casa, dos hombres y una mujer entraron y pronto nos agarraron a los dos. Sin dejarnos tiempo para gritar o defendernos, nos ataron y transportaron al bosque más cercano». Así comienza el camino de la esclavitud de Olaudah, la separación forzada de su hermana, el cambio de varios dueños en el largo viaje hacia la costa. Al fin, en una casa estuvo bien aunque esclavo. Pero fue vendido otra vez y llevado al barco negrero. Resistiéndose a comer, fue castigado a latigazos, tirado abajo y encadenado.

«Un día que la mar estaba calma y los vientos moderados, dos de mis compañeros que estaban al extremo de sus fuerzas y que estaban encadenados el uno al otro (yo estaba cerca de ellos en ese momento), prefirieron la muerte a esta miserable existencia: se liberaron de las ataduras y saltaron al mar; enseguida otro, que estaba sin cadenas porque su estado era muy grave, siguió su ejemplo. Creo que habrían sido muchos a hacer lo mismo si los hombres del equipaje, alertados, no lo hubieran impedido... Dos de esos infelices se ahogaron; pero atraparon al otro y los azotaron sin piedad por haber preferido la muerte antes que la esclavitud» (pág. 32).

El viaje se realizaba en condiciones inhumanas para los esclavos. También la tripulación sufría, ya que la disciplina era dura y tenían atrás el viaje de Europa a Africa, cargados de tejidos, armas, pólvora y otros objetos que intercambiaban por esclavos con los caciques y reyes africanos. La demora en las costas africanas dependía de la rapidez de la compra y la disponibilidad de los encargados de los lugares de venta. Un cierto porcentaje se debía comprar a un precio más alto a las autoridades locales, como condición indispensable para iniciar el mercadeo. Cada capitán tenía sus mañas para lograr sus fines. Algunos barcos pasaron hasta 10 meses recogiendo esclavos de un lugar a otro de la costa. Algunos calculan en un 20-25 % el porcentaje de esclavos muertos en el viaje. Y ¿quién podría contar los africanos que morían en el momento de la captura y el viaje hasta la costa?

La llegada a América era también terrible para los esclavos, suscitaba en ellos toda clase de angustia. Muchos pensaban que iban a ser comidos por los blancos. Al llegar a Bridgetown, en Barbados, escribe Olaudah Equiano: «Entonces un numeroso grupo de mercaderes y de hacendados subieron a bordo, aunque fuera ya tarde. Ellos nos dividieron en diferentes lotes y nos examinaron atentamente. Nos hicieron brincar y nos hicieron entender que íbamos a tierra. Nosotros comprendimos que aquellos hombres repugnantes... nos iban a comer; y cuando nos hicieron volver a los bodegones del barco poco después, el

terror y el espanto se apoderaron de nosotros, y gritos desgarrados se oyeron durante toda la noche, tantos y tan fuertes que, al final, los blancos se decidieron a invitar a bordo algunos esclavos ancianos que estaban a tierra, para calmarnos».

En este mundo completamente nuevo por geografía, lengua, costumbres, organización social, clima, fauna y hombres de diferentes razas y condiciones, el esclavo sentía el rechazo profundo al blanco y tenía todavía la esperanza de volver a África. En esos primeros días de la llegada era fácil que algunos huyeran al monte, a pesar de todo el control de los negreros.

En 1502, en la flota del gobernador Obando que llegó a La Española, venían ya algunos negros al servicio de sus amos. Entre ellos se encontraba el primer cimarrón, un esclavo anónimo que «se fugó donde los indios» en la región montañosa, poco después de haber desembarcado. En 1988 se celebraron en Brasil los 100 años de la abolición de la esclavitud. Todavía existían ancianos que daban testimonios de esclavos cimarrones recogidos en las últimas décadas. En un arco de tiempo de 400 años se pueden tomar algunos de los numerosos casos de cimarronaje.

Escribe J. V. Payet: «Los Malgaches, creyendo poder regresar fácilmente a la grande isla, se adueñaban de las embarcaciones ancladas en la playa. Una docena de tentativas fracasaron. El 18 de febrero de 1790, una gran canoa robada a Bédier fue encontrada con 26 fugitivos muertos por agotamiento». Frecuentes son las ordenanzas locales en la isla de Borbón destinadas a impedir la sustracción de embarcaciones. Entre las formas de protesta de los esclavos negros estaba la huelga de hambre, la lentitud en el trabajo, etc.

El dominico P. Jean-Baptiste Labat (1663-1738), en su diario de viaje a las Antillas francesas titulado *Nuevo viaje a las Islas de América* (1772), observa que los esclavos trabajaban 18 horas diarias por una porción de harina de mandioca. Lamenta no poder hacer nada con uno de sus esclavos «negro mina de doce a trece años» que comió tierra hasta morir, porque él «quería regresar donde su padre». Son numerosos los casos de esclavos que se dejaban morir para volver a África y también así hacerle daño a su dueño.

República Dominicana

Una de las primeras sublevaciones cimarronas se dio en el ingenio de Diego Colón, hijo de Cristóbal, en 1521. Unas decenas de esclavos se deshicieron de sus capataces, se armaron, pasaron a otras haciendas reclutando a otros esclavos y huyeron al monte. Pero una demora en la fuga les resultó fatal, ya que los hacendados lograron organizarse rápidamente, perseguirlos y acabar, según ellos, con la revuelta. Desde esa época siempre hubo cimarrones en las selvas de la actual República Dominicana, especialmente en el sector del Barouco. La obra de Esteban Deive *La esclavitud en Santo Domingo*, dedica una parte considerable a las luchas cimarronas. Constata que, a pesar de todas las expediciones militares de la Colonia, las crueles represiones y destrucciones, los castigos ejemplares a los cabecillas, los palenques siempre volvían a renacer y, en determinadas circunstancias, a aumentar. Famoso entre ellos fue Lemba, cuya estatua está a la entrada del museo del hombre en Santo Domingo, y muchos otros jefes como Campos, etc.

Haití

Haití, o Saint-Domingue, donde en 1788 había una población de 405.828 esclavos, se manifestó especialmente la resistencia cimarrona. Entre los principales jefes recordamos a

Padrejean en 1679, Michel en 1719 y Polydor en 1734. Este es el terror del área del Trou, entre Cap-Haitien y la frontera con la parte occidental de la isla, controlada por los españoles. Denunciado por un esclavo al cual había sido prometida la libertad, fue ajusticiado en la sabana que todavía hoy conserva su nombre. Otros rebeldes famosos fueron: Pompee en 1747, La Tripe en 1768, Jacques en 1777. Uno de los más importantes fue Makendal (también Macandal o Makandal), que según Mongo Beti, es un «personaje mal conocido, por doquiera mencionado, pero en ninguna parte tratado... Un sólo hecho parece cierto: esclavo en Saint-Domingue, Makendal dirigió en 1758 una revuelta que sembró el terror entre los hacendados blancos. Capturado, torturado y ejecutado, tuvo el mérito de abrir el camino por donde, poco después, Toussaint Louverture y Dessalines caminarían victoriosos». Una historia heroica y prometedora al comienzo, luego contradictoria y equívoca.

Jamaica

Jamaica era en 1788 la más próspera colonia inglesa y contaba con 256.000 esclavos. Los cimarrones, por ironía de la historia, fueron apoyados en el comienzo por los mismos blancos españoles, para defenderse de los Ingleses de Cromwell en 1655. Liberaron, armaron y organizaron batallones de negros contra los invasores. Después de haberse defendido, algunos de ellos pasaron al enemigo, y provocaron así la caída del dominio español. Los ingleses premiaron a los «negros españoles» con tierras. A uno de los principales, Juan de Bolas, le nombraron coronel de la milicia negra. Algunos, con todo, prefirieron la libertad de las selvas. Poco a poco, los colonos blancos creaban problemas. Los negros empezaron a atacar plantaciones, asaltar y robar. Los ingleses volvieron a ofrecer libertad y tierras, a cambio de la paz, pero los cimarrones no aceptaron, excepto Juan de Bolas con sus hombres, que fue acusado de traidor y asesino.

El fracaso del tratado tuvo como consecuencia 76 años de luchas casi ininterrumpidas, un gasto para los ingleses de 250.000 libras esterlinas y la aprobación de 44 leyes represivas, tan duras cuanto ineficaces. Los primeros cimarrones se establecieron sobre todo en la parte oriental y septentrional de la isla. En 1690, los esclavos de la zona de Claredon, en su mayoría coromantes, se rebelaron y se juntaron con otros cimarrones bajo la guía de Cudjoe y sus hermanos Accompong y Johnny, en occidente, y de los subjefes Quao y Cuffe al oriente. Dio así comienzo la guerra de los cimarrones, en la cual los ingleses emplearon lo mejor de sus tropas, incluidos indios miskitos de Nicaragua y perros cazadores de Cuba.

En 1738, el coronel Guthrie ofreció a Cudjoe un tratado de paz en un momento difícil para los cimarrones. A cambio del reconocimiento de su libertad, tierras, etc., los cimarrones se comprometieron a terminar las hostilidades, a devolver los esclavos huidizos y a ayudar contra futuras invasiones extranjeras. Cudjoe, y también al año siguiente los Jefes cimarrones de las montañas Azules, se integraron así al sistema. Pero otros esclavos siguieron rebelándose. Así en 1760, en la «rebelión de Tacky», donde un ex-esclavo coromante que se decía jefe de tribu en Africa, procedente de las plantaciones Frontier y Trinity, se alzó contra los blancos. Solamente con la ayuda de los cimarrones pacificados los ingleses pudieron sojuzgarlos, luego de muchos combates.

Otros que se levantaron en armas fueron: los coromantes, en St. Mary (1765), en Westmoreland (1777), en St. Tomas, Kingston, St. James y la revolución de Trelawny Town en julio de 1795, que duró más de 5 meses. Los rebeldes fueron deportados primero a Nueva Escocia (Canadá), donde fueron diezmados por el frío y el hambre. Más tarde,

fueron trasladados a Sierra Leona, en Africa. Los descendientes todavía conservan orgullosos el recuerdo de sus antepasados. La última rebelión cimarrón de Morant Bay, fue en 1865, a pesar de que la esclavitud había sido abolida oficialmente en 1838. Tuvo un carácter socio-político y fue ahogada en un baño de sangre: 430 ajusticiados, 600 azotados incluidos niños y mujeres, mil casas destruidas. Los líderes Gordon y Bogle fueron ahorcados. Así se pensó haber conseguido la integración. Pero el espíritu cimarrón queda vivo y sigue inspirando al pueblo jamaicano.

México

México, aunque no tuvo una considerable presencia africana, ha tenido cimarrones valientes como el Rey Yanga en el siglo XVI. Los negros africanos entraban en esa época por el Puerto de Veracruz, uno de los tres reconocidos por la Corona junto con Nombre de Dios (Panamá) y Cartagena de Indias (Colombia). En esa misma región, Yanga, que se decía de origen real en Africa, reunió a muchos cimarrones. D. M. Davidson, en su trabajo *Negro slave control and Resistance in Colonial México, 1519-1650*, escribe cómo los Yanga se defendieron y lucharon, creando también sus fuentes de abastecimiento, problema vital para todo grupo cimarrón. A los nueve meses ellos ya habían sembrado diferentes plantas y árboles, algodón, papas, pimientas y otras legumbres. Las tropas coloniales destruyeron todo, pero no pudieron someterlos. Los moradores del municipio de Yanga se definen con orgullo «el primer pueblo libre de América».

Panamá

Panamá vio surgir uno de los más famosos líderes cimarrones, de origen noble africano, conocido como «el rey Bayano»: «Lo servían y respetaban con veneración de príncipe -escribe el cronista Aguado, mezclando los ritos y ceremonias que en Guinea los más dellos hacían con sus Reyes y príncipes, con la veneración y acatamiento que después veían y habían visto usar a los españoles con sus jueces y superiores». Fue el protagonista de la guerra entre octubre de 1553 y 1558. «Era tanta su pujanza, que tenían ya un ejército de más de mil ducientos negros y negras». No pudo ser vencido por las armas del capitán Gil Sánchez, tres veces derrotado a partir de 1553. El capitán Carreño logró apresar a Bayano, pero éste fue indultado por el gobernador Sosa, firmando una tregua y dejándolo libre «como si actualmente oviera sido aquella tierra de sus mayores y se la ovieran los españoles usurpado y quitado, y fuera cosa que de derecho natural y común se debía hacer».

El Virrey Marqués de Cañete, de paso hacia Perú en 1556, insiste sobre la solución del problema cimarrón que volvía a preocupar. El veterano y experto capitán Pedro de Ursúa, navarro pelirrojo, salió esta vez a pelear. «Viendo y considerando que un baño le sería y avía de ser el pretender por guerra sujetar a los negros», que estaban bien defendidos en sus palenques, planeó y logró someterlos a traición, ya que para los negros comprados con plata de los hacendados «tenemos licencia y facultad para usar de todas las cautelas y dobleces necesarios y convenientes hasta sujetarlos y restituirlos a la servidumbre que están obligados y ellos antes tenían...». «Al final -concluye el cronista Aguado- todos los negros fueron asimismo presos y dados por esclavos del Rey y enviados a bender fuera de aquella tierra a diversas partes, para que allí no obiese nuevas juntas ni quedasen rastro de tan mala semilla». En cuanto a Bayano, fue llevado por Ursúa a Lima. No se sabe si allí lo

ajusticiaron o si fue tratado como rehén y luego enviado a España, donde habría muerto en libertad en Sevilla.

Los cimarrones de Panamá crearon en ocasiones serios problemas. En particular, la alianza entre ellos y los piratas ingleses de Drake provocó la toma y destrucción de la ciudad en 1598 (?).

Venezuela

La población negra en Venezuela se calcula en un 10%. Cuenta entre sus más importantes cimarrones al rey Miguel, que hizo su aparición en 1553, con los ladinos traídos de las Antillas, para trabajar en el Real de Minas de San Felipe o San Pedro de Buría, fundado en 1552. «Determinaron algunos pocos de maior entendimiento, preciándose de valientes y galanes, de salir de Esclavitud (creiendo que a su placer podrían vivir entre los Indios), i convocando a otros». El jefe era Miguel, criollo de San Juan de Puerto Rico y se le juntaron «hasta doscientos y cincuenta». Volvió a las minas, asaltó y destruyó, aumentando también a ochocientos el número de los cimarrones. Formó palenques «debajo de fuertes palizadas y trincheras, edificó un pueblo razonable para establecer en él su tiranía... haciéndose aclamar por Rey». Organizó sus tropas en compañías con sus respectivos capitanes. También se nombró «a una negra, su manceba, la rreyna Guiomar, y así mesmo tenía un hijo que fue llamado príncipe y jurado como tal». Sabiendo como otros cimarrones (por ejemplo el rey bayano) la importancia que tenía la religión, ungió a un «obispo», «quien luego que se vio electo, atendiendo como buen pastor a su negro rebaño, levantó iglesia, en que celebraba todos los días misa de pontifical y predicaba a sus ovejas los desatinos que le dictaba su incapacidad y producía su ignorancia».

En la selva estableció palenques y «mandó hazer casas en que biviesen como hombre que pensaba permanecer perpetuamente». Recibía nuevos refuerzos no solamente negros, sino también indios de guerra. Algunos historiadores dicen que les obligaba a teñirse de negro, tal vez para hacer ver más grande el número de su tropa. Se atrevió a atacar la misma ciudad de Nueva Segovia de Barquisimeto, matando hasta a un sacerdote, quemando la Iglesia y otras casas. Los españoles se organizaron, temerosos del poder del rey Miguel. Del Tocuyo y de Santa Marta enviaron soldados al mando de Diego de Losada, que contaba con el negro Diego de la Fuente quien «en cualquier bandera y estandarte acostumbró hacer cosas extrañas». Sorprendidos los moradores del palenque, el rey Miguel prefirió luchar hasta la muerte, antes que entregarse. Algunos de los indios se pasaron a los españoles para conseguir el perdón. Pero, afirma el cronista Aguado en 1581, esas minas y tierras «hasta ahora no han podido pacificar ni sujetar de todo punto, aunque diversas vezes an ido a ellos». Los supervivientes negros cimarrones se mezclaron con las tribus indígenas de la provincia de Nirgua, dando origen a la «República de los Zambos de Nirgua», que logró subsistir casi hasta nuestros días.

En el actual territorio de Venezuela siguieron las rebeliones de esclavos, como la encabezada por el negro Juan Andrés López del Rosario, llamado ordinariamente Andresote (1730-1733). No se trata exclusivamente de algo folclórico, sino que, además de lo biológico, conlleva una fuerte componente ideológica que anima en sus reivindicaciones a los afrovenezolanos de hoy.

Colombia

Cartagena de Indias, en Colombia, ha sido llamada la «Llave de las Indias». Por su puerto pasaron hombres libres y esclavos, conquistadores y conquistados. Naturalmente muchos africanos, al desembarcar, intentaron la fuga. Los que lograron su objetivo formaron palenques como los de Santa Marta, la de Matuna y muchos otros. Ildefonso Gutiérrez Azopardo nos da un breve resumen en su *Historia del negro en Colombia*. Hoy queda el Palenque de San Basilio, a unos 70 kilómetros de Cartagena. En su pasado, cuenta con el ilustre cimarrón Domingo Biohó. Recién llegado, hacia finales de 1600, se liberó de las galeras, huyó a las montañas, estableció palenques y organizó su tropa con capitanes. Hasta tenía un batallón de 150 Amazonas, que «luchaban con lanzas, dardos y macanas». Varias veces los jefes de las expediciones, militares afirmaron que le habían dado muerte, pero siempre volvía a aparecer, como si tuviera siete vidas. En este período asoman también dos sacerdotes: el doctrinero de Turbaco, p. Miguel del Toro, y el tesorero de la catedral de Cartagena, P. Balthasar de la Fuente, que se pusieron a luchar jurídicamente al lado de los cimarrones. En 1713 las luchas cimarronas consiguen, gracias también al apoyo del obispo de Cartagena, monseñor Antonio María Casiani, el reconocimiento oficial de su libertad. Este período ha sido estudiado por María del Carmen Borrero, Roberto Arrazola, Aquiles Escalante, Nina de Friedmann, entre otros. Actualmente, existe allí un significativo grupo juvenil perteneciente al Movimiento Nacional Cimarrón de Colombia.

Ecuador

Ecuador ha tenido uno de los más interesantes grupos cimarrones, que se estableció en la Provincia de Esmeraldas en octubre de 1553 a raíz del naufragio. Esto según el relato que nos queda del presbítero Miguel Cabello de Balboa *La descripción larga y verdadera de la situación de la Provincia de las Esmeraldas*, presentada al rey de España en 1582. El primer grupo de 23 negros, 17 hombres y 6 mujeres, eran esclavos del mercader Alonso de Illescas, cuyo barco naufragó frente las costas de Esmeraldas. Se libraron y bajo el caudillo Antón lograron primeramente vencer a los indios de Pidi. Luego hicieron alianzas bajo el mando de Alonso de Illescas «jefe de indios y de negros». En 1577 Miguel Cabello se encuentra personalmente con él en las playas de Atacames. Le ofrece el indulto para él y toda su gente, y además el nombramiento como gobernador de la provincia de parte de la Real Audiencia, a cambio de realizar la fundación de un pueblo cerca de San Mateo en la desembocadura del río Esmeraldas. El «negro gobernador» pide tiempo. Al fin, teme una trampa, prefiere quedarse libre con su gente y rechaza los honores oficiales. Le sucedió su hijo Alonso Sebastián de Illescas y otros más.

Por el 1555 naufragó otro barco con el negro Andrés Manganche y una india nicaragüense. Su familia estaba siempre en pelea con la de Alonso, pero se unían en los momentos de guerra contra los españoles. Los negros y mulatos de Esmeraldas a veces trataban duramente a los indios, unos 500, que por el 1616 se quejan al presidente de la Real Audiencia de estar sometidos a dura «esclauonía». El recuerdo de los Illescas y de los Manganche quedó vivo en los descendientes a lo largo del siglo XVII y XVIII, según la relación del sabio Pedro Vicente Maldonado, gobernador de Esmeraldas, en 1742 (?). La

rebeldía de los Illescas y de los palenqueros que se afincaron en las costa ecuatoriana sigue motivando a los negros esmeraldeños de hoy.

Perú tuvo también un cimarronaje muy activo desde el comienzo de la población de Lima, constituyendo una de las principales preocupaciones de los virreyes, que siempre prometen acabar con ellos sin nunca lograr de una forma definitiva.

En **Bolivia** queda el recuerdo del Rey Bonifacio en Mururata, región de Coroico, que con la de Chulimani en los Yungas, contiene la mayor parte de la pequeña población negra boliviana actual. El último de la dinastía murió hace pocos años.

Brasil

Brasil, como lo han demostrado ampliamente los estudios de Gilberto Freyre, Edison Carneiro, Decio Freitas, Clouvis Moura, etc., ha visto florecer los quilombos en buena parte de su territorio. Entre las revueltas de los negros de las ciudades, sin duda la más resonada fue el levantamiento malés en Bahía, alrededor de 1830. Pero en los campos queda como símbolo de todos los palenques el quilombo de Palmares, tal vez el que más resistió en su historia casi secular. Llegó a contar de veinte a treinta mil quilombolas en los diferentes quilombos satélites. Se inició a finales del siglo XVI; soportó valientemente numerosos ataques de los portugueses, y desde 1644 también de los holandeses. Cuando llegó la restauración portuguesa en 1654, se renovaron los ataques. En 1671, el gobernador Fernando Coutinho, en 1671, daba la razón de tanta angustia: «Este Estado no tiene menor peligro de parte de los negros de cuanto no lo tuviese de los holandeses, ya que los hacendados, en sus mismas casas e ingenios, tienen enemigos que los pueden someter».

En 1788, el «rey» Ganga-Zumba fue vencido y obligado a aceptar la paz portuguesa. Algunos jefes jóvenes, como Zumbi, lo consideraron un traidor, lo envenenaron y siguieron la guerra contra el enemigo. Sólo en febrero de 1894 un poderoso ejército de bandeirantes paulistas logró asaltar la «ciudad fortaleza» de Macaco y destruirla. Pero Zumbi evadió el cerco con otros compañeros y continuó la guerra hasta que fue sorprendido en su escondite el 20 de noviembre de 1695. Murió con sus hombres en combate. Su cabeza fue cortada y expuesta en la plaza pública de Recife.

En Brasil no hay grupo negro, también religioso, que no conserve el recuerdo de los quilombolas, y particularmente del Rey Zumbi y su esposa Dandara, con otros famosos esclavos como la reina Anastasia, que sufrió con dignidad la esclavitud.

Guyana Holandesa-Surinam

Otra región que ha visto triunfar a los cimarrones, que todavía en el presente conservan lengua y tradiciones muy influenciadas por Africa, son las comunidades cimarronas de la Guyana Holandesa. Viajeros como el Capitán Stedman en 1700 o el inglés W. G. Palgrave hacia la mitad del 1800, nos han dejado preciosos testimonios que, unidos a los estudios modernos, como los de Richard Price, nos ayudan a penetrar en un mundo cimarrón muy peculiar. «Los Negros de los Bosques» se subdividen en tres grupos principales: los saramaca, los aucanos y los boni. Los aucanos viven en la región que se extiende al oeste

del río Maroweyne o Maroni y al sur hasta el río Saará, lindando con los territorios franceses y holandeses.

Los cimarrones de Surinam fueron millares. Sus luchas, éxitos y derrotas abarcan el período que va desde el comienzo de 1700 hasta 1762, fecha en que lograron la paz con los holandeses, que fue duradera.

Antillas Francesas

En las Antillas Francesas podemos mencionar como ejemplo de la presencia cimarrona a la pequeña isla de Bourbon. El 7 de julio de 1665, Regnault y sus veinte hombres fueron recibidos por el aventurero Louis Payen y su compañero, seguidos de 10 servidores negros de origen malgache, únicos habitantes de la isla. Los negros pronto se fugaron. Desde 1730, en que había oficialmente 279 cimarrones sobre unos 3.000 esclavos, el Consejo Superior de la Isla emanó declaraciones en contra de los cimarrones casi cada año. En 1741 pasó el 6 por 100 de la población esclava con unas 500 unidades. Por lo general se establecían en las regiones como la de Grands-Bois o a lo largo del río Dabord, hacia el este, por la selva de Bebour. Los documentos de archivos indican numerosos asaltos de parte de los cimarrones.

Pero hubo también revueltas significativas como la de San Andrés en la noche de Pentecostés de 1779, en que fueron presos y ajusticiados unos 60 esclavos.

En algunas ocasiones los cimarrones volvieron a sus dueños confiando en el patrocinio de sacerdotes; así aconteció en Vauboulon en 1690 y en Dumas en 1730, o al prefecto apostólico Criáis en 1741, o también a nobles damas como madame Cadet de l'Etang-Salé. (Ver J. V. Payet: *Histoire de l'esclavage à l'île de Bourbon* [Reunión] ed. Harmattan, 1990).

En otras islas francesas del Caribe, por ejemplo La Guadalupe, hubo numerosas revueltas de parte de los esclavos desde 1635 a 1794. Particular atención merece la figura de Ignacio, el primer hombre libre de la Guadalupe en las Antillas Francesas. Un escritor negro guadalupano, Roland Anduse, en una interesante obra publicada en 1991, *Joseph Ignace, le premier rebelle*, llega a afirmar que la conciencia del ser guadalupano, libre e independiente, radica en la lucha por la liberación de Ignace, Delgrés y sus colegas desde 1794 al 28 de mayo de 1802. O sea, abarca el período crucial que va desde el comienzo de la revolución francesa hasta la rebelión de los negros de Haití; desde los acontecimientos que obligaron a los nuevos señores de Francia y a su representante Delacrosse, a otorgar la libertad a los esclavos, para conseguir combatientes contra la flota inglesa invasora, hasta la decisión del emperador Napoleón de volver a instaurar la esclavitud como en el antiguo régimen colonial.

Durante el mencionado período, descubrimos cómo los blancos utilizan a los negros en base a la discutible superioridad, ya que para doblegarlos en la Guadalupe, como en otros países de América, emplean la traición y la mentira. El general Richepanse se sirve de una figura oportunista y miserable como el coronel negro Pélage para acabar con la revolución. Cambia además la terminología del decreto esclavista, pero el contenido queda.

Al contrario, hombres como Ignacio y Delgrés se revelan en toda su grandeza al exigir la libertad para los negros y la independencia de Francia. «Vencer o morir» es el lema que proclaman y cumplen al pie de la letra, el primero en el fuerte de Baimbridge y el segundo en Fort Saint-Charles, prefiriendo resistir hasta la muerte antes que rendirse.

La esclavitud volverá a la Guadalupe, pero el recuerdo de la resistencia pasada va ahondando en la memoria popular. El movimiento para la independencia, que retoma fuerza

en los años '50, se inspira en esas luchas. A los niños negros se les presenta esos héroes como dignos de estar al lado de los auténticos forjadores de la libertad latinoamericana.

Las potencias europeas, como en este caso Francia, pueden comprar la voluntad de un pueblo por un determinado período de tiempo, pero llega el momento en que éste se rebela. Prefiere el camino de la dignidad, aunque sea a costa de una mayor pobreza. Opción ardua, pero no imposible. Los líderes del Movimiento Independentista de la Guadalupe así lo creen. La cárcel y la opresión no los han doblegado. Quieren una Patria libre, no solo una autonomía administrativa local. Como Ignace y sus compañeros, quieren hacer realidad el grito «libres o morir». Es cuestión de tiempo no sólo para la Guadalupe y la Martinica, sino para todos los grupos negros de América, que se van conociendo, apreciando y fortaleciendo recíprocamente, hasta que el mundo oiga la voz del hombre negro americano, que ha sabido dar algo nuevo desde hace siglos, aunque sólo ahora se comience a reconocerlo de parte de la sociedad americana.

Cultura y cimarrones

Los cimarrones han colaborado a la salvaguardia de las culturas africanas en América de manera distinta a sus hermanos de esclavitud.

Las exigencias de adaptación al nuevo medio ambiente de la selva y de la montaña por una parte y, por la otra, las del convivir diario entre compañeros procedentes de Africa, negros, criollos o nacidos cimarrones en libertad, han hecho recorrer un largo proceso durante el cual se han ido perdiendo las identidades africanas y las diferencias culturales y lingüísticas ancestrales —según afirma Barbara Kopytoff— en favor de modos de actuar y de pensar mejor adaptados a las nuevas realidades sociales. Hoy en día, en que asistimos a un renovado interés para las herencias africanas, especialmente en los grupos negros organizados, algunos pueden lamentar semejante pérdida, pero ésta ha sido la condición indispensable para poder sobrevivir en un medio ambiente hostil y dar lugar a una sociedad integrada. De lo contrario, todo habrían sido problemas y conflictos: etnicidad africana versus etnicidad cimarrona, tradiciones específicas versus cultura global cimarrona. Los pequeños grupos habrían desaparecido; rencillas y divisiones habrían quedado. Nada se produjo de todo esto: nació una cultura original, una cultura que no imita ninguna tradición africana específica, pero claramente inspirada por algunas de ellas.

Los afroamericanos se han creado una cultura a su medida y nueva identidad cultural. La historiadora citada anteriormente, para dar fuerza a sus tesis, estudia la naturaleza de las étnicas africanas en el Nuevo Mundo, la diversidad de etnias de los cimarrones jamaicanos del siglo XVIII, con sus relativos problemas y las soluciones que han permitido fortalecer las sociedades creadas por los mismos. Los cimarrones no constituían ciertamente un grupo homogéneo. Por ejemplo, los de Jamaica incluían a algunos indígenas arawak, que sobrevivieron a las luchas del siglo XVII y que prefirieron estar con los refugiados en las selvas antes que con los españoles o los ingleses. Podría ser también que algunos de los indios miskitos, importados de Centroamérica para cazar a los cimarrones, se hayan quedado con ellos, lo mismo que otros indios procedentes de otras islas.

Hacia 1670, un grupo de esclavos de Madagascar naufragó en la parte este de la isla. También Dallas hace referencia a una minoría de gente traída de Madagascar a comienzo del siglo XVIII. Uno de ellos organizó la fuga de la plantación Down en 1718. Knight escribe: «Después de disputas y combates sangrientos en donde un grande número de

adversarios perecieron, entre los cuales un Capitán malgache (los malgaches y los coromantes), se reunieron y se fusionaron. Es así como se formó una fuerte armada de negros... hoy en día bajo el mando del capitán Cudjoe...». Es interesante cómo los ancianos, después de unos 80 años, según el historiador Dallas, testimoniaban «que en su familia los padres hablaban una lengua totalmente diferente de la de los negros que los habían adoptado, aunque más tarde la lengua coromante logró imponerse».

Otro grupo significativo fue el de los cimarrones de la época de los españoles y que los ingleses encontraron cuando conquistaron la isla en 1660. Los negros Varmaholy adoptaron una actitud de conveniencia para con los ingleses, ayudándoles a expulsar a los españoles, aunque a veces asaltaron a los mismos colonos ingleses. En otras ocasiones les ayudaron contra otros grupos de cimarrones. En todo caso conservaron su independencia. El elemento que los aglutinaba era la experiencia común de la esclavitud española y la lengua hasta el punto de que por un tiempo, no incorporaban a elementos huidos de las plantaciones inglesas. Pero luego, la necesidad les obligó a cambiar de actitud. Llegaron a constituir el núcleo de los cimarrones Windward, que antes de 1730 formaban una confederación en las montañas del este cerca de Port Antonio en donde ellos crearon una comunidad importante, que llamaron Nanny Town.

El grupo más famoso estuvo integrado por los coromantes (o esclavos de la Costa del Oro), que las autoridades coloniales como el general Long, acusaron constantemente de ser los responsables de casi todas las rebeliones. Los nombres de los líderes revela la influencia akan: Cudjoe, Accompong, Quaco, Cuffee, al oeste; Quaco y Cuffee, al este. Todavía hoy la lengua y la cultura de los cimarrones jamaicanos conserva huellas de influencia akan. Dentro de este mismo grupo había divisiones que se conservaron. Es el caso del grupo cimarrón Cottawoods, que se fusionó alrededor de 1730 con el grupo de Cudjoe. En 1803, Dallas relata que «aunque reunidos en una sola entidad... ellos preservaron su origen diferente. El nombre de Cottawoods fue preservado por esta tribu, y los descendientes negros de Cudjoe se llamaban Kenkuffees, y era entre ellos la línea de los jefes».

Por último no debemos olvidar que había otro grupo de no coromantes, como los congos, Ebos, mandingos, yorubas, etc. Por ejemplo, en 1780, después de haberse firmado un tratado de paz, en las selvas del este se encontró un palenque «Congo» de unas sesenta personas, y otro en 1795 con 35. Es evidente que el hecho de vivir lejos del común enemigo blanco, en algunos momentos propiciaba el estallido de rivalidades étnicas, como refiere Leslie en 1740: «Los esclavos llegan a diferentes regiones de Guinea. Ellos no hablan la misma lengua y no pueden por eso hablar libremente; si ellos lo pueden hacer, su odio es tal que prefieren morir por mano de los ingleses antes que juntarse con otros africanos para intentar de sacudir su yugo». En todo caso, los cimarrones de Jamaica lograron dejar a un lado sus rivalidades para luchar contra el enemigo común.

Los cimarrones tuvieron que superar, entre otros, los problemas delicados de la admisión de los nuevos miembros, que podían llegar de las ciudades o de las plantaciones; o incluso tras un asalto o una correría culminada con éxito. En general según BK, para evitar infiltraciones peligrosas o cambios que fueran en contra del grupo, se inculcaba ante todo una obligación de fidelidad ritual mediante un juramento. Quien faltaba habría recibido el castigo merecido de la divinidad. Para los cimarrones Windward quien se rehusaba a emitir el juramento, era condenado a muerte. A continuación se imponía al recién llegado un largo período casi militar de adaptación socio-psicológica. A veces podía resultar tan duro, que algunos preferían volver donde sus antiguos amos. Para minimizar las diferencias étnicas y

fomentar la integración cultural, Cudjoe, que sabía que sus diferentes regiones y los litigios eran numerosos, les prohibió entonces de hablar otra lengua fuera del inglés...».

Sin duda que los cimarrones criollos, nacidos en los mismos palenques, jugaron un papel fundamental en la integración de los cimarrones, ya que ellos, a pesar de las diferencias entre grupos, ya estaban integrados en esa nueva sociedad. Con el tiempo aumentaron y, aparte algunas influencias familiares, se sentían ante todo cimarrones, cultural y étnicamente.

La panorámica sobre la composición entre los grupos cimarrones de Jamaica, nos hace comprender las dificultades que podían surgir entre los mismos cimarrones. Ello nos impide una visión romántica, pero por otra parte, no quita nada al esfuerzo y a la creatividad de los africanos y de los afroamericanos, para forjar su propia cultura y conquistarse un espacio en una situación de total opresión como fue el sistema esclavista.

RAFAEL SAVOIA
Misionero Comboniano

ANDUSE ROLAND, *Joseph Ignace, le premier rebelle*, Editions Jasor, París, 1989.

CONCILIUM, *La Voce delle vittime 1492-1992*, 6/1990.

GUILLOT, Guillermo, *Negros rebeldes y negros cimarrones*, Fariña Editores, Montevideo, 1961.

MINTZ S. (Recopilador), *Esclave -facteur de production*, Dunod, París, 1981.

MONGO BETI y ODILE TOBNER, *Dictionnaire de la negritude*, L'Harmattan, París, 1989.

OLAUDAH EQUIANO, *La veridique histoire par lui-meme, esclave aux Caraibes, Homme libre*, Editions Caribéennes, París, 1987.

PAYET, J. v., *Histoire de l'esclavage á Bourbon — Reunion*, L'Harmattan, París, 1990.

SAVIOLI ARMINIO, *Gli antenati delle Pantere Nere*, en *I Protagonisti della Rivoluzione*, p. 141-167.

SAVOIA R., *Defensores de los Esclavos Negros, siglo XVI- XVIII*, 1991, policopiado.